

Crepitar de llamas, sonido distante pero no mucho, y voces de susto y alarma despertaron al virrey. Solo en su habitación del palacio que hasta un lustro antes había ocupado el marqués de Croix --ese para quien los habitantes de esta parte del nuevo continente habían nacido sólo para callar y obedecer--, Antonio María de Bucareli y Ursúa se incorporó del lecho que nunca compartió con nadie y desde su ventana, en la pared sur del real palacio de la ciudad de México vio cómo se incendiaba una de las casas vecinas a la plaza del Volador. Por alguna extraña razón que nunca llegó a establecer, y que acaso no era ajena a las activas y feroces enemistades que llegó a conocer de cerca en su superior posición de gobernante hasta el que subía toda queja, reproche y hablilla, se habían multiplicado las quemazones en la capital del virreinato.

Por su formación militar más habituado a la supresión de los efectos que a la indagación de las causas, Bucareli dispuso a la mañana siguiente que en las inmediaciones de su residencia, así como en la casa de Moneda, en el otro extremo del palacio, se instalaran bombas para sofocar todo fuego. Así vivió los ocho años de su virreinato, poniendo solución suave y eficaz a cuanto problema se presentaba delante de él. Teniente general de los reales ejército, bailio de la orden de San Juan, su soltería permanente -- que jamás supuso un celibato indeseable-- a sus sesenta años estaba coronando una larga vida al servicio de Su Majestad, primero Fernando VI y Carlos III después.

Desde que el sevillano llegó a la Nueva España, en septiembre de 1771 había dado a saber su austeridad. Conociéndola, José Moñino, el conde Florida Blanca que era el dedo chiquito del Rey, lo había designado capitán general de la isla de Cuba, y a mediados de aquel año le comunicó su designación como virrey de la tierra donde antaño rigieron los mexicas. Partió de La Habana el 14 de

agosto y desembarcó en Veracruz el 23 siguiente. Pausado, discreto, demoró un mes en su viaje por tierra del que no dio noticia a los poblados de su ruta, para no originar gastos de recepción a que eran dados sus nuevos súbditos. Se supo que contaba con el favor de la casa real, pues al contrario de la prohibición general, se le permitió proveer con allegados suyos la alcaldía mayor de Tepeaca, los corregimientos de Oaxaca y de la antigua Veracruz, las alcaldías de Tehuacán, Miahuatlán, Chalco, Guanajuato, Xochimilco, Metztlán, Huatulco, Silacayoapan y Sultepec.

También le fue concedido que amigos suyos desempeñaran cargos eminentes, así en la administración real como en la Universidad. Don Melchor Paramas fue secretario del virreinato, y mejoró con su carácter metódico el despacho de los negocios. Y el bachiller y presbítero Juan de Viera administró el Colegio de San Ildefonso. Este halagaría a Bucareli al presentarle, en los últimos meses de la vida del virrey, su Breve y compendiosa narración de la ciudad de México, comentada con elogio en las tertulias a que invitaba el generoso anfitrión que era el virrey.

No faltaba a esos amables convivios, siempre que estaba en la ciudad de México, don Pedro Romero de Terreros. Arriero desde que en 1732 llegó a México tras la muerte de su padre en su natal cartagena de Huelva, el azar lo condujo a descubrir seis años después una mina, a cuya explotación se dedicaría después. Luego de una trabajosa relación con Alejandro Bustamante Bustillo en la obtención de plata de los yacimientos de Real del Monte, en 1762 Romero de Terreros halló una jugosa veta, a la que llamó Vizcaina y que en los siguientes veinte años lo hizo inmensamente rico. Tanto, que alardeó ante el rey que, resolver Su Majestad venir algún día a México, su real planta no se mancharía con el barro de este suelo pues pondría a su disposición un camino desde Veracruz

hasta la capital, formado por lingotes de plata, de la mucha que se extraía de las minas de Real del Monte y de pachuca, cuyo mineral se beneficiaba en las haciendas construidas por el poderoso minero, entre las que sobresalía las de San Miguel y de Santa María de Regla.

La bonanza de la Vizcaína fue la torta que trajo bajo el brazo el primogénito de don Pedro, nacido en Pachuca en agosto de 1761. Tenía apenas tres años el heredero (llamado Pedro Ramón Mariano José Francisco Miguel Romero de Terreros Trebuesto y Dávalos de Bracamonte, que en su hora recibiría el título de marqués de San Francisco, así como su padre había tenido el de Conde de Regla), cuando el hervor social hizo saber al primer don Pedro que no sólo él se interesaba en la productividad de las minas. Sus trabajadores se declararon en huelga en agosto de 1764. Pero como esa protesta no se estilaba y se les quiso forzar a trabajar, se rebelaron con furor al punto de haber dado muerte al alcalde mayor de Pachuca, Ramón de Coca. Tropas reales oportunamente enviadas por el virrey de Croix controlaron la sublevación que pretendía mejoras salariales, pero no consiguieron la reapertura de las minas.

Ese extremo sólo se alcanzó cuando intervino la buena voluntad de Bucareli, a quien el Conde de Regla confió sus cuitas a poco de haberlo conocido y ganado su confianza. Claro que lo hizo con hechos contantes y sonantes: en 1772 no arribó a Acapulco la nao de la China, y su ausencia causó quebranto a la real hacienda, déficit especialmente grave porque el virrey Bucareli tenía apenas unos meses en el cargo. Romero de Terreros prestó al erario virreina ochocientos mil pesos, sin esperar rédito alguno. Aunque sí buscaba aceitar los trabados trámites de la reapertura de sus minas y de la fundación de un montepío.

En 1770 había solicitado don Pedro autorización para

establecer un monte de piedad semejante al que operaba en Madrid. Con un fondo inicial de trescientos mil pesos, el conde de Regla deseaba ofrecer socorro a los necesitados (siempre y cuando, se diría, que no fueran sus explotados mineros). Además de enviar un regimiento de dragones a Pachuca y Real del Monte para asegurar la regularización de las labores mineras, Bucareli influyó para que el 2 de junio de 1774 se dictara la real ordenanza que creó aquella obra de beneficencia (una casa de pignoración con prestamos hasta por seis meses), cuya labor comenzó el 25 de febrero de 1775. En solemnísimas funciones el montepío fue inaugurado con asistencia de los benefactores, el virrey, el decano de la audiencia, el provisor y vicario del arzobispado, el corregidor de la capital, el prior del Consulado y los miembros del ayuntamiento.

No fue aquel el único crédito logrado por Bucareli, que los restituyó todos a tiempo. Las reales cajas eran deficitarias a su llegada, pues a los ciento cincuenta mil pesos en efectivos que en ellas yacían se enfrentaban deudas por cinco millones de pesos. Para enfrentar los pagos más premiosos obtuvo préstamos diversos: trescientos mil pesos del Consulado, otro tanto la minería, doscientos mil el Conde de Regla (antes que el crédito más abultado), ochenta mil el arzobispo, igual cantidad el ayuntamiento. Y así, yendo de solicitud en solicitud reunió el virrey un millón doscientos noventa y nueve mil pesos. Uno a uno los devolvió, y puso en orden las finanzas cuya administración le había sido confiada.

Como todo gobernante a quien asiste la prudencia y el sentido de la política, Bucareli se ocupaba lo mismo de los graves asuntos de Estado que de las cuitas minúsculas de la gente de abajo. Se preocupó por tener que despedir de la Casa de Moneda a Onofre Fabri, laborioso italiano cuyo defecto era ese, haber nacido fuera

del imperio de Su Majestad por lo que debía expulsársele in continenti. Y dolido su corazón por la penuria de los indígenas llegados desde la Nueva Santander, la Nueva Vizcaya o Coahuila, para arreglar asuntos que consumían morosamente su tiempo, dispuso que se les cubrieran viáticos, a razón de un real diario, mientras permaneciera en la capital y durante el viaje de regreso.

Extendió y consolidó la conquista. Fueron vencidos enemigos de su reorganizado ejército los apaches gileños y, aliado con los seris, que fingiendo amistad asesinaron a doce de sus jefes, derrotó al capitán Cueras de la nación pima. También contra la naturaleza adversa combatía: poco después de su llegada cayó la langosta en Veracruz, y para eliminarla dispuso cuadrillas a las que pagaba un real por arroba, y en menos de veinte días la plaga había sido conjurada.

Era asimismo conciliador y constructor. Curó las diferencias entre franciscanos y dominicos sobre la conquista espiritual de California, y a los seguidores del santo de Asís autorizó establecer un colegio de propaganda fide en Pachuca, con el compromiso de pasar la cuaresma en la sierra y la huasteca. Edificó el fuerte de Perote, mandó levantar el de San Diego en Acapulco, reparó las defensas de San Juan de Ulua y persuadió al Consulado de pagar el hospital, convento e iglesia de San Juan de Dios